

PANTALLA-MUNDO

Manuel Fernández Blanco

En nuestro mundo, y especialmente en el de los jóvenes, lo real se reabsorbe en la imagen, lo real está apantallado. Apantallamos el mundo. Por eso nada parece que exista sino puede verse en una pantalla. Por otra parte, la extensión de lo visible inaugura una presencia virtual continua y la omnipresencia de la mirada produce un empuje al exhibicionismo. La reabsorción de lo real en las pantallas tiene consecuencias ontológicas: yo soy si me contactas; estar conectado es ser.

La realidad es, cada vez más, la realidad virtual. Hoy se prefiere la imagen a la palabra y a la realidad misma: vamos al concierto a verlo en la pantalla. Parece que el cuadro se ve mejor en el ordenador que en el museo. Pero en el museo, si nos acercamos mucho, vemos la gota de pintura. En el ordenador, si reducimos la imagen, vemos un píxel. Sirva como metáfora de que el privilegio dado a la imagen se hace a costa de una pérdida de lo real. Pero no solo de lo real, también de lo simbólico. Esto supone un cambio de paradigma en la civilización, pasamos del valor del relato al valor de la imagen y al empuje pulsional de mostrarse. No hace mucho se pensaba que, para vivir feliz, había que cuidar la privacidad. Ahora, la cultura del secreto ha dejado lugar a la tiranía de la transparencia.

Actualmente, lo real del goce se anuda a la imagen sin apenas necesidad de un relato, lo que conduce a un desfallecimiento del mundo simbólico. El argumento, el tiempo de razonar y comprender, es sustituido por el instante de la conexión. Por eso se privilegia el contacto sobre la relación. Por eso el diálogo cede su protagonismo a los monólogos en red. El fin de la época de los grandes relatos, ha dado paso a la época en la que se cree que la verdad puede verse, puede ser reducida a una imagen. Esto produce desorientación en los jóvenes que, ante la precariedad simbólica, quedan más cautivos del goce pasivo de la mirada ante las pantallas. Por eso las series, las ficciones televisivas, ocupan el lugar dejado vacío por la novela familiar de cada uno. El ser humano siempre pudo soñar despierto, pero las nuevas tecnologías se adueñan de esta posibilidad incidiendo en el cuerpo,

especialmente en el de los niños, que se sobrecitan con los aparatos de desrealizar la vida. El juego ha cambiado. Del juego que partía de la fantasía individual, y que los acababa cansando permitiéndoles pasar a otra cosa, hemos pasado a los videojuegos que modifican la relación al cuerpo, posibilitando desconocer el hambre y el sueño, y que, por su carácter adictivo, obstaculizan el acceso al saber.

Multiconexión y aislamiento

Las pantallas de las que nos rodeamos nos permiten estar permanentemente conectados, nos sirven para expandir la vida y la visión del mundo, pero el que hace del ordenador o del móvil su partenaire fundamental se separa del Otro. La multiconexión puede ir de la mano del aislamiento, empezando por el aislamiento respecto de la familia en el propio hogar. El ejemplo más claro lo tenemos en los *hikikomori*. Sin llegar al extremo de estos jóvenes japoneses, cada vez observamos más como lo virtual puede sustituir la incómoda presencia del otro. La comunicación continua puede ser el mejor medio de evitar el encuentro real (en el trabajo nos comunicamos por medio de un correo electrónico con el compañero del despacho de al lado).

En un mundo tan cambiante como este, la permanente vinculación al otro se vuelve costumbre: ¿no se han fijado, no ya en el hecho de cuántos y cuántos sujetos van por la calle hablando por el móvil, sino cuántos y cuántos sujetos llevan el móvil en la mano, o lo ponen encima de la mesa en el restaurante, como esperando la llamada como signo de que el otro no se olvidó de él? Pero se trata del otro ausente, al que se responde en detrimento de quien tenemos delante. La realidad pasa a la pantalla.

El vínculo, el hipervínculo virtual y horizontal, ha hecho de una gran parte de la humanidad una red de puntos permanentemente conectados. Pero, debajo de esa conexión virtual, los vínculos reales son cada vez más frágiles y precarios. Constatamos igualmente que la diferencia sexual se mantiene en cuanto al uso de las pantallas. Las mujeres las utilizan más para la conversación, los hombres para el aislamiento. En esto, lo único que ha cambiado es el soporte. Si antes el hombre se escondía detrás del muro de las páginas de periódico para gozar en solitario de su pensamiento, ahora goza en solitario ante las pantallas. Las mujeres las utilizan más para

hablar, lo que no excluye que puedan caer en la adicción del intercambio ininterrumpido.

La pantalla del amor

El amor siempre estuvo preocupado por su límite temporal, por su permanencia. Por eso no hay palabras de amor que no se ligen a la promesa de eternidad. Balzac decía que toda pasión que no se creyese eterna era repugnante. Esto podría ser verdad para la gente del siglo XIX, no para el sujeto actual que cree saber demasiado bien que “nada es para siempre”.

La vida amorosa también se ve afectada por la nueva temporalidad que introduce el mundo-pantalla. El amor ya no es lo que era y se resiente ante el afán creciente de novedades que hace especialmente insoportable la rutina ligada a la convivencia. El discurso común está lleno de apelativos a vivir intensamente, lo que conlleva que la avidez y el hastío se alternen en la vida amorosa. Al mismo tiempo que se privilegia la búsqueda de nuevos vínculos, se rehúye el compromiso y la pareja pasa a ser objeto de evaluación en la lógica del coste-beneficio en términos de placer. Por eso la relación amorosa ha cedido su protagonismo a la conexión amorosa, con frecuencia con el auxilio de Internet. Hemos pasado del enamoramiento al contacto. Esto hace que para muchos, actualmente, el único amor duradero sea el que se profesa a los hijos y a los muertos.

Internet: lo íntimo y lo público

Vivimos un momento en el que, con frecuencia, lo más íntimo se hace público y se muestra en una pantalla. “*The Age of Privacy is Over*”, anunció Mark Zuckerberg el fundador de Facebook: “Hay que romper el lazo entre lo secreto y lo íntimo, porque ese lazo es una herencia obsoleta del pasado”. Eric Schmidt, gerente general de Google, declaró por su parte: “La preocupación de preservar su vida privada ya no era de todos modos una realidad más que para los criminales”. Este fenómeno alcanza igualmente a los secretos políticos. Pensemos sino en el fenómeno que representa la difusión pública de los cables del Departamento de Estado de

Estados Unidos, por parte de *Wikileaks*. En ese caso, se ha destacado la obviedad de los contenidos. Es verdad, en gran medida esas revelaciones entran dentro del orden de lo previsible, de lo que todo el mundo sabe. Pero hacer explícito lo que todo el mundo sabe siempre tiene enormes consecuencias. La función del secreto resulta operativa incluso cuando se trata de un secreto a voces. Cuando algo secreto se nombra, ya no se puede hacer como si no existiera.

Entramos decididamente en una civilización caracterizada por el empuje a la transparencia que hace visible y transmisible todo: desde el interior de nuestros cuerpos, escaneados en los aeropuertos, hasta los secretos de Estado. Las máquinas que permiten elevar lo íntimo a lo público están instaladas y sus efectos ya no se pueden parar. Adviene un nuevo tipo de hombre. Se trata de un hombre sin sus secretos. Este nuevo hombre vivirá bajo la tiranía de la transparencia, sin el auxilio de la privacidad. Estamos ya en la civilización del ojo absoluto, tal como la ha definido Gérard Wajcman. Una civilización que instaura la creencia de una verdad vanidosa, una verdad que cree poder exhibirse por entero, al desnudo. Ayer mismo, en un telediario, se nos informaba de que en Estados Unidos se han puesto en marcha sitios de Internet con el objetivo de analizar y establecer el carácter verdadero o falso de las declaraciones de los políticos.

Pero, la confesión de lo más íntimo, adquiere un matiz muy especial en ese gran zoco de los fantasmas sexuales que representa uno de los usos -el más extendido- de Internet. La Red posibilita colocar las fantasías sexuales particulares en un escaparate público, con el único velo del anonimato inicial. Así, las fantasías adquieren una dimensión mucho más realizable al presentarse la pulsión al desnudo, sin el freno del nombre propio. Al hacer explícitas las preferencias sexuales, en Internet, las fantasías pasan de tener un valor de uso -masturbatorio, por ejemplo- a tener un valor de cambio. De este modo, lo más íntimo pasa al mercado. La confesión pública de las fantasías sexuales, les da una consistencia que antes no tenían y las hace entrar en la lógica de la oferta y la demanda. Por esto, la Red funciona como un acumulador de libido y favorece encuentros de otro modo muy difíciles de lograr.

Por otra parte, Internet ha favorecido que la pornografía sea el paradigma de la vida erótica. Vivimos en la época de la pornografía generalizada. Esto alcanza a los jóvenes de modo masivo. Sabemos, con Freud, que la degradación de la vida erótica es algo más masculino. Pero, actualmente, esta degradación está presente en los intercambios que realizan en las redes sociales muchas chicas. Actualmente, para algunas mujeres, la supuesta equiparación de los sexos se realiza bajo el modo hombre, que viene al lugar del Yo ideal. El todos iguales se haría equivalente, en este sentido, a todos hombres. Por eso es frecuente escuchar frases del tipo: “Si ellos lo hacen, ¿por qué nosotras no?”. Los efectos de retorno de esto, en muchos casos, no son tan alegres.

La exhibición de la crueldad

Unos adolescentes de Sevilla someten a un trato degradante y cruel a una compañera de clase con síndrome de Down: graban la escena y la difunden por Internet. Un joven saca fotos con su móvil a una chica que le hace una felación y las cuelga en la Red. Grupos de jóvenes atacan a personas indigentes y filman las palizas. Los militares que torturan a los detenidos en la prisión iraquí de Abu Ghraib, se hacen fotografiar vejando a los prisioneros. El denominador común a todos estos casos, y a otros similares que ya son noticia habitual en los medios de comunicación, es la exhibición y difusión pública, con el apoyo de las nuevas tecnologías, de actos íntimos o de actos sádicos sobre personas frágiles, discapacitadas, o en situación de precariedad e indefensión.

Vivimos en la época del privilegio de la mirada: del exhibicionismo y del voyeurismo generalizados. Por eso no deja de ser una paradoja, como medida preventiva y de control, filmar con cámaras de video el botellón. El empuje a dar a ver conduce a que, con frecuencia, a los protagonistas de los actos de agresiones y vejaciones no les resulte suficiente con la realización de su acto; tienen que convocar, además, a ese gran ojo anónimo que es Internet. Estas conductas serían indicativas de que no basta ni el delito solitario ni el cometido en grupo, sino que es necesario el añadido de un tercero virtual que sea partícipe visual de la escena, es decir, que goce de ella. Internet permite establecer un vínculo con conocidos y desconocidos, sólo hay que suponer que frente a la pantalla del ordenador hay otros

sujetos tan ávidos de presenciar esa brutalidad como la de cometerla y exhibirla por parte de aquéllos que la colgaron en la Red. Este aspecto, el de la exhibición de lo hecho, sí que es nuevo. Antes de Internet, todos esos actos hubieran sido posibles, y es más, se hubiera podido añadir ese tercero mediante el relato, o sea, mediante la palabra, o sea, contándoselo a ese tercero. Pero la Red permite algo inédito, convocar a un tercero al que, en muchos casos, no se conoce ni se conocerá.

En la época de la globalización, la realidad pasa siempre por una pantalla, por el escaparate universal, por *You Tube*. Todo debe ser ofrecido a la mirada bulímica del otro, a ese ojo *omnivoyeur* al que no escapa nada. Cuando se trata de la mostración de actos delictivos, la transgresión así efectuada incluye una llamada paradójica a la ley. Este dar a ver sin límite, es una llamada al castigo. Vemos cómo el instrumento de exhibición es, al mismo tiempo, el de autoinculpación: hablamos del móvil del delito. Lo mismo ocurre cuando se difunden fotos o videos eróticos de terceras personas, sin el consentimiento de estas, por las redes sociales.

La crisis del sentido pone en primer plano lo más pulsional de cada uno. De ahí la tendencia imparable a mostrar públicamente lo que antes caía bajo el resguardo del pudor, la vergüenza o la discreción. Hasta no hace mucho tiempo vicios y delitos se intentaban ocultar o disimular. Por eso tenían sentido frases del tipo “virtudes públicas, vicios privados” o “mejor no dar que hablar”. Actualmente, para muchos, los límites no están interiorizados, la ley no está subjetivada, por eso el delito se exhibe, se muestra, lo que no deja de ser una llamada a que la ley, el límite, retorne desde el exterior.

Lo bueno del mundo-pantalla

La civilización de las pantallas nos hipnotiza y nos adormece de lo real. Nuestras cabezas se han puesto a dormir, cautivadas por el goce pasivo de la mirada. Los sujetos actuales se embriagan con sus propias endorfinas ante las pantallas del televisor, de Internet o con los juegos de video. Los jóvenes están presionados por una demanda de éxito que, en muchos casos, es inversamente proporcional al esfuerzo que muchos están dispuestos a realizar por conseguirlo (y no es seguro que hacer pasar el saber a la

pantalla de un ordenador individual, en los colegios, despierte la pasión por el conocimiento). Todo esto podría parecer apocalíptico, por eso no quiero terminar así. Para bien y para mal, no hay más mundo que el que nos toca vivir. Los jóvenes no solo consumen pantallas desde la pasividad, también hacen blogs y participan en foros creativos y de discusión. Afortunadamente, no se trata solo de la búsqueda de la satisfacción inmediata y de la fiesta perpetua. Dos jóvenes pacientes, chicas las dos es verdad, me han mostrado sus blogs de contenido cultural la última semana.

Por otra parte, la participación política encuentra en las pantallas formas novedosas de expresión y adquiere un nuevo estilo: ha dejado de estar jerarquizada y no tiene el halo sacrificial de la militancia clásica. La opinión es más horizontal y libre y por eso el cuarto poder ha perdido fuerza. El control democrático del poder, vía las redes sociales (ya nombradas como quinto poder), se ha ampliado y ha generado nuevas formas de participación y de construcción de la opinión pública. Ahora, en los medios de comunicación tradicionales, se abren espacios para comentar lo que circula por las redes sociales. Recordemos que la revista *Time*, en el año 2006, ha dedicado su portada al “hombre del año” a un ordenador cuya pantalla era un espejo que reflejaba el rostro del lector y la palabra *You* (tú). Por eso, prefiero concluir diciendo que del sujeto depende que la pantalla lo hipnotice o lo despierte.